

**LOS DETERMINANTES DE LA PARTICIPACIÓN EN LAS
ELECCIONES ESPAÑOLAS DE MARZO DE 2000:
EL PROBLEMA DE LA ABSTENCIÓN EN LA IZQUIERDA.**

Belén Barreiro

Estudios/Working Paper 2001/171
Octubre 2001

Belén Barreiro es Doctora Miembro del Instituto Juan March y profesora de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

Introducción*

Los estudios sobre participación electoral en España coinciden en señalar que la abstención responde esencialmente a factores políticos, mientras que el contexto socioestructural o las características individuales tienen una incidencia relativamente escasa¹. Entre los factores que determinan el contexto socioestructural en el que vive el individuo, el único que afecta seriamente a la participación es el tamaño del hábitat: en los núcleos rurales la abstención es menor que en las ciudades. Los atributos del individuo que afectan positivamente a la participación se reducen al estado civil (los casados votan más que los que no tienen pareja), la edad (conforme más años tiene el individuo, más probabilidad hay de que participe), y la situación laboral del individuo (la persona que trabaja vota más que la que no lo hace mientras que estar parado, ser estudiante o en búsqueda del primer empleo influye negativamente en la participación). Otras características individuales como el tipo de ocupación, la clase social, la educación, el sexo o la religión no tienen impacto una vez que se controla el efecto de otras variables.

Los factores institucionales y políticos son los que hasta ahora han dado cuenta de la participación electoral de los españoles. Entre los determinantes institucionales Boix y Riba (2000) destacan el grado de proporcionalidad de las circunscripciones electorales: la desproporcionalidad, propia de las circunscripciones con pocos escaños, no sólo lleva a que electores de los partidos pequeños opten por el voto útil sino también a que se decidan por la abstención.

Por lo que respecta a los factores políticos, el interés por la política y por la campaña inciden en la propensión a participar: conforme aumenta el interés declarado, más probable acudir a las urnas. Además, el caso español confirma la importancia que tiene lo competitivas que sean las elecciones: cuando la distancia entre los dos principales partidos se reduce, aumentando como es lógico la competitividad, la abstención se hace menor. Los recursos de

* Los resultados que se presentan en este trabajo forman parte de un informe en curso sobre participación política realizado para la Fundación Alternativas.

¹ El análisis más reciente y completo sobre participación electoral en España es el de Boix y Riba (2000). Al mismo tipo de conclusiones había llegado Justel (1995).

los partidos también inciden en la participación. En aquellas provincias en las que el nivel de militancia es mayor, disponiendo los políticos de más capacidad de movilización, los individuos se abstienen menos. La abstención se reduce además en aquellas provincias con más vida asociativa.

La ideología influye asimismo en la participación, absteniéndose más los individuos que no declaran tenerla (Justel, 1995). Igualmente, incide en la participación tener una posición ideológica alejada de la media española: las personas que se sitúan en los extremos se abstienen menos (Boix y Riba, 2000). Por el contrario, los estudios realizados hasta ahora concluyen que ser de derechas o de izquierdas no incide en la participación. El resultado tiene toda su lógica. No hay ninguna razón, en principio, para pensar que la participación dependa de alguna ideología concreta: tan probable es que vote un individuo conservador como que lo haga uno progresista, pues tanto uno como otro tendrá interés en que salga vencedor el partido que más se ajuste a sus ideas.

La ideología del individuo, el ser de izquierdas o de derechas, incide sorprendentemente en la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000. La propensión a la abstención es mayor entre los progresistas de lo que lo es entre los conservadores. La influencia de la posición ideológica del individuo en la participación es el resultado más destacable del análisis que se presenta en este trabajo sobre los determinantes de la participación en las elecciones de 2000. El estudio de la abstención en dichos comicios se aborda mediante un modelo en el que se han incluido cuatro tipos de determinantes: los factores individuales, la evaluación de la oferta política, la movilización política y el contexto institucional de la elección. Se presenta el modelo en la primera parte del trabajo.

En la segunda parte, se muestra que la propensión a la abstención en la izquierda es la manifestación de un problema más general: la ideología no predice igual de bien el comportamiento electoral de los individuos de izquierda que el de los de derecha. Las personas de izquierda, además de abstenerse más que las de derecha, votan con menos frecuencia a los partidos próximos, como el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) e Izquierda Unida (IU), de lo que lo hacen los individuos de derecha con respecto al Partido

Popular (PP). Dicho de otro modo, son más los progresistas que votan al PP que los conservadores que optan por el PSOE o IU.

Se ofrecen dos explicaciones a este fenómeno. Por un lado, el debilitamiento del voto ideológico en la izquierda, que se traduce en la mayor propensión a la abstención y al voto al partido contrincante, el PP, puede deberse al protagonismo que han adquirido en la política española, y por tanto en la decisión de voto de los individuos, cuestiones ajenas a las discusiones ideológicas, como la corrupción o el debate sobre la constitución. Por otro lado, es posible que en los individuos de izquierda no haya pesado tanto la ideología como el convencimiento de que un equipo de gobierno, el del PP, ha sido el mejor para afrontar los problemas del país. En este sentido, la buena valoración del gobierno popular, junto con la peor evaluación de los socialistas, ha podido inclinar a ciertos individuos de izquierda hacia la abstención o incluso a votar al PP, pues así se ha permitido directa o indirectamente la victoria de un equipo que se ha juzgado mejor que el de la oposición.

1. Los determinantes de la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000

Las elecciones de marzo de 2000 registraron una tasa de participación del 69,9 por ciento, la segunda más baja desde el inicio de la democracia, tras el 68 por ciento de 1979, y cuatro puntos por debajo de la media para el período 1977-2000, de 74 por ciento. Al igual que en anteriores ocasiones, la participación declarada en encuesta ha sido mayor que la real. Según aparece en la tabla 1, del total de entrevistados en la encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas, el 83 por ciento dijo haber votado, mientras que el 0,7 por ciento fue a votar pero no pudo hacerlo, y el 4,5 por ciento no fue porque no pudo². El porcentaje de los que voluntariamente se abstuvieron fue del 10,6. Es el comportamiento de estos individuos, 560 en total, el que se trata de explicar aquí, comparándolo con los 4273, el 89,4 por ciento, que o bien votaron o bien quisieron hacerlo pero no pudieron.

² El primer cuestionario se realizó en febrero de 2000. Se trata del estudio 2.382. La encuesta postelectoral (estudio 2.384) se llevó a cabo en marzo/abril de 2000 a partir de 5.283 entrevistas.

Tabla 1. *Participación declarada en las elecciones de 2000* (en porcentajes)

Fue a votar y votó	83,1
Fue a votar, pero no pudo hacerlo	0,7
No fue a votar porque no pudo	4,6
Prefirió no votar	10,6
Total	100 (N=5.283)

Fuente: Estudio 2.384, Banco de Datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

En la decisión de un individuo sobre si votar o no en unas elecciones inciden al menos cuatro tipo de factores: cómo sea la persona en cuestión, cómo juzgue lo que hacen los partidos, cómo sea de sensible a los intentos de seducción de las fuerzas políticas y cómo le afecte el contexto institucional en el que vive.

Los determinantes individuales se refieren a los atributos que hacen que una persona sea más o menos propensa a participar en unas elecciones, como los recursos cognitivos, la integración social o el grado de compromiso político. Cuanto mayores sean los recursos de un individuo, más probable será que vote, pues el acto de votar exige un mínimo de información sobre lo que, en líneas generales, ofrecen los partidos y sobre las reglas concretas que organizan la votación (Rosenstone y Hansen, 1993). En este sentido, la educación y la edad determinan en gran medida los recursos del individuo: conforme más educado o mayor sea un individuo, de más conocimientos y experiencia dispondrá para enfrentarse a la política. Estos son los dos indicadores de los recursos del individuo que se utilizan en este análisis.

La integración social también hace al individuo más propenso a la participación (Rosenstone y Hansen, 1993). Por un lado, las relaciones sociales son una fuente importante de información, contribuyendo así a aumentar los recursos del individuo. Por otro lado, el contacto con otras personas puede constituir una fuente de presión, ya sea porque otros traten de convencerles de que adopten determinado curso de acción (como votar), porque les hagan sentirse mal si no lo hacen o porque quieran evitar ser el objeto de sus críticas si no se ajustan al comportamiento que esperan de ellos. En este sentido, la integración social se acentúa cuando el individuo está casado (por el contacto con su pareja y lo que ésta aporta de relaciones sociales), cuando pertenece a alguna asociación sin que tenga por qué ser política

(por las relaciones que se establecen con los otros miembros) o cuando se vive en un municipio más bien pequeño (porque todo el mundo se conoce). El estado civil, la pertenencia a alguna asociación y el tamaño del hábitat son los indicadores a los que aquí se recurre para analizar el impacto de la integración social.

Como es lógico, la participación también es más probable cuando el individuo tiene algún tipo de implicación con la política. El compromiso político no se tiene por qué traducir en la afiliación a un partido sino en no sentirse indiferente ante lo que se hace, se discute y se propone en política. El grado de implicación con la política se puede medir al menos con tres indicadores: el interés declarado por la misma, la proximidad hacia un partido y la tenencia de alguna ideología, cualquiera que ésta sea.

La propensión a participar en las elecciones no depende exclusivamente de cómo sea el individuo. La evaluación de la oferta política, cómo se juzgue la labor de los partidos, puede constituir también un incentivo a la participación. Así, por ejemplo, Boix y Riba (2000) demuestran que el nivel de satisfacción del electorado con respecto a la situación política y económica del país afecta a la abstención. Cuando aumenta el número de ciudadanos que cree que se han deteriorado las condiciones políticas y económicas la abstención decrece. Los autores concluyen que la insatisfacción no lleva a la apatía sino a la movilización.

Aquí se aborda la evaluación de la oferta política recurriendo a diversos indicadores. Por un lado, se analiza la opinión que tienen los ciudadanos sobre los partidos políticos y, en concreto, si creen y hasta qué punto que todos los partidos son iguales. Lógicamente, cabe esperar que aquellos individuos que piensen que no hay diferencias entre unos grupos políticos y otros sean más propensos a la abstención que los que sí que vean divergencias. Por otro lado, se indaga en la valoración que los ciudadanos hacen de la gestión del gobierno, de la labor de la oposición así como de la situación política y económica que atraviesa el país. Esto permitirá, entre otras cosas, comprobar si la insatisfacción con la coyuntura medida a título individual y no de forma agregada, como en el estudio de Boix y Riba, fomenta realmente la participación.

La propensión a participar de los ciudadanos también depende de lo sensible que sean a las estrategias de movilización de los partidos. En la encuesta postelectoral de 2000 se pregunta directamente a los entrevistados si fueron o no contactados por algún partido político. Cabe esperar que los individuos movilizados sean más propensos a participar que los que no fueron contactados por ninguna fuerza política. Aquí también se utiliza otro indicador menos directo de la movilización: el seguimiento de alguna entrevista en televisión con cualquiera de los candidatos.

La participación, finalmente, depende del contexto institucional en el que se celebren las elecciones. Las circunscripciones españolas, las provincias, comparten unas mismas instituciones con una importante excepción, el número de escaños que se reparte cada una. Conforme más escaños estén en juego, más proporcional será la provincia. Como demuestran Boix y Riba (2000), una menor proporcionalidad no sólo incentiva a que los electores voten de forma estratégica sino que además fomenta la abstención. El grado de proporcionalidad de las provincias puede medirse mediante el ‘umbral electoral efectivo’, que nos indica el porcentaje de votos necesarios para obtener un escaño en una circunscripción. Siguiendo a Lijphart (1999), este umbral se obtiene a partir de la siguiente fórmula:

Umbral electoral efectivo = $75 \text{ por ciento} / (M+1)$, siendo M el tamaño de la circunscripción

En definitiva, la propensión a abstenerse variará en función de los recursos cognitivos del individuo, su grado de integración social, su compromiso con la política, cómo evalúe la oferta política, lo expuesto que esté a la movilización de los partidos y lo sensible que sea al contexto institucional³.

³ En análisis iniciales se incluyeron otras variables que luego fueron descartadas, pues complicaban excesivamente el modelo y no mejoraban la explicación. Algunas de estas variables no afectan a la abstención, como la clase social o los ingresos. Otras variables se solapan con determinantes ya considerados, especialmente los que reflejan el compromiso político del individuo. Así, se descartó incluir la frecuencia con la que se discute de política, el seguimiento de la información política, etc. En otros casos, se ha rechazado incluir factores que, aún siendo objetivamente relevantes, su falta de variabilidad les hace no ser significativos en un modelo multivariable. Tal es el caso de la militancia de algún partido o sindicato: el porcentaje de los afiliados es tan bajo que probablemente no se de variabilidad suficiente como para incidir en la participación, una vez que se tienen en cuenta otros determinantes.

¿Cuáles son las causas de la participación en las elecciones de marzo de 2000? La tabla 2 recoge los resultados del análisis, cuyos aspectos técnicos se detallan en el apéndice. Lo primero a destacar de la tabla es que en ella no aparecen todas las variables consideradas. Sólo están las que contribuyen de forma significativa al cambio en la probabilidad de votar. De aquí se pueden extraer las primeras conclusiones. En primer lugar, la educación, el tamaño de hábitat y la pertenencia a una asociación apolítica no influyen en la participación, aunque sí lo hacen el resto de determinantes individuales. Esto indica que entre las causas personales de la participación destaca sobre todo el compromiso político del individuo y mucho menos sus recursos, pues únicamente influyen determinados tramos de edad, o el grado de integración social, entre cuyos indicadores únicamente destaca el estado civil.

En segundo lugar, ni las variables de movilización política ni el grado de proporcionalidad de la provincia inciden significativamente en la participación. Por el contrario, 3 de los 5 indicadores de la evaluación de la oferta política contribuyen significativamente a explicar la participación, la proximidad a un partido, la valoración de la labor de la oposición, y la evaluación de la situación política. Ni la valoración del gobierno, ni de la situación económica dan cuenta de los cambios en la propensión a participar. El hecho de que la evaluación de la gestión del gobierno no incida en la participación no implica que no sea una variable relevante. Al introducir en el análisis la valoración de la situación política junto con la variable de valoración del gobierno, ésta última deja de incidir en la participación, lo que muestra sin duda que la gestión del ejecutivo es un componente esencial, aunque no único, de la situación política del país⁴.

En definitiva, hasta el momento se puede concluir que el fenómeno de la abstención depende esencialmente de factores puramente políticos, como el grado de compromiso del individuo y la evaluación que haga de la oferta política⁵. Los resultados sólo coinciden parcialmente con los estudios previos. El tamaño del hábitat, la pertenencia a una asociación,

⁴ La correlación entre la valoración de la situación política y la valoración del gobierno es relativamente alta, de 0,53.

⁵ Conviene señalar que todas las variables consideradas guardan una relación significativa con la participación en los análisis bivariantes. Esto indica que o bien su relación con la abstención es espuria o bien simplemente hay otros factores más relevantes.

la movilización política y el grado de proporcionalidad de la provincia no afectan a la participación en el análisis de las elecciones de 2000 cuando sí lo hacían en el estudio de Boix y Riba para el período 1982-1996. En el caso del asociacionismo la razón bien puede estar en la utilización por parte de Boix y Riba de un indicador agregado y no individual, como es el nivel de asociacionismo en la provincia en vez de la declaración del individuo de pertenecer a una asociación. Sin duda, medir el asociacionismo a título individual es más fiable que hacerlo mediante un indicador agregado. Algo parecido sucede con respecto a la movilización política: en ninguna de las encuestas que utilizan Boix y Riba se incluyen preguntas sobre la movilización política del entrevistado, por lo que los autores recurren a una medida agregada, el nivel de militancia provincial. Con todo, en este caso no se debe concluir que sea un factor irrelevante, pues son muy pocos los individuos que fueron contactados durante la campaña por un partido político, por lo que puede que la variable no sea significativa por falta de variabilidad.

¿Qué factores contribuyen de forma significativa y en qué medida a aumentar la probabilidad de acudir a las urnas? ¿Cuáles reducen la propensión a participar? En la tabla 2 se indica el efecto parcial de cada variable en la probabilidad de votar cuando el resto de factores adoptan valores determinados, que suelen ser valores medios. Queremos averiguar cuál es la probabilidad de votar de un individuo con determinadas características, y cuáles son los cambios que se producen en esa probabilidad de participar cuando en ese mismo individuo modificamos alguna de esas características, ya sea la edad, la ideología o cualquier otro factor.

Nuestro individuo de referencia es un/a ciudadano/a típico/a. Desde un punto de vista técnico, esto significa que las variables que lo definen adoptan el valor de la media si son continuas y el valor más frecuente (la moda) si son dicotómicas⁶. El resultado es una persona con las siguientes características: joven (entre 18 y 29 años), con estudios primarios, soltero⁷,

⁶ Para las variables dicotómicas no tiene mucho sentido adoptar el valor de la media, como se hace en el estudio de Boix y Riba (2000), ya que no resulta en absoluto intuitivo. Por ejemplo, si la variable en cuestión es el estado civil no se entiende qué significa que el individuo de referencia adopte el valor de la media, pues uno está casado o no lo está, mientras que sí se entiende que adopte el valor de la moda. Véase Long (1997).

⁷ En este caso no se trata de la moda para el conjunto de la muestra, aunque sí para los jóvenes.

residente en un municipio cercano a los de tamaño 50.001-100.000 habitantes, que no pertenece a una asociación, con poco interés por la política, que no se siente próximo a un partido, sin ideología, estando más bien de acuerdo con la afirmación ‘todos los partidos son iguales’, que cree que la gestión del gobierno ha sido regular (tirando a buena) y la labor de la oposición mala, que juzga la situación política y económica de regular (tirando a buena), que no ha sido contactado por un partido durante la campaña, que no ha seguido ninguna entrevista en televisión, y que reside en una circunscripción con un grado medio de proporcionalidad (umbral electoral de 7,97). Pues bien, la probabilidad de votar de este individuo es del 71,6 por ciento. Recuérdese que la participación en la muestra es del 83,1 por ciento, 11,5 puntos porcentuales por encima de nuestro individuo de referencia.

Imaginemos que queremos averiguar cómo variará la probabilidad de votar de nuestro individuo de referencia si aumentamos su edad, pasando de ser joven (entre 18 y 29) a adulto (entre 40 y 49). El efecto parcial nos indica el cambio en la probabilidad de votar cuando el individuo pasa de los 18/29 a los 40/49 y el resto de características permanecen iguales. Supongamos ahora que queremos saber si nuestro ciudadano típico será más propenso a votar si en vez de no tener ideología es de izquierdas. En este caso, habrá que observar el cambio en la probabilidad de votar cuando el individuo adopta una y otra ideología, mientras todas las demás variables permanecen constantes.

Comencemos la exposición de resultados describiendo los efectos de la edad. En nuestro modelo, no todos los tramos de edad inciden en la probabilidad de participar. Tener entre 30 y 39 años o entre 40 y 49 no influye en la probabilidad de votar con respecto a tener entre 18 y 29 años. Si bien la abstención es más alta en el grupo más joven, las diferencias no son lo suficientemente grandes como para resultar estadísticamente significativas⁸. Igualmente, tampoco afecta a la probabilidad de votar el tener entre 80 y 95 años, pues aunque el porcentaje de abstencionistas en este grupo es menor que en los de 30/39 y 40/49, aumenta en comparación con los grupos de edad comprendidos entre los 50 y 79 años⁹.

⁸ El porcentaje de abstención entre los jóvenes de 18 a 29 años es de 18,6 por ciento, mientras que es de 13 por ciento para el grupo entre 30 y 39 y de 10 por ciento para el grupo entre 40 y 49.

⁹ En el grupo 80-95 se abstiene el 7,9 por ciento, mientras que en el grupo 50-59 lo hace el 4,7 por ciento, en el grupo 60-69 el 4,3 por ciento y en el grupo 70-79 el 5,9 por ciento.

Sin embargo, cuando nuestro individuo de referencia deja de ser joven y adquiere una edad entre los 50 y 59 años, su probabilidad de votar en las elecciones de 2000 aumenta en 12,2 puntos porcentuales. Por tanto, por el mero hecho de tener más años, siendo idénticas el resto de características, la probabilidad de votar pasa a ser del 83,8 por ciento, casi igual a la participación declarada en el 2000, de 83,1 por ciento. El efecto es aún mayor cuando el individuo alcanza una edad entre los 60 y 69 años, el grupo más participativo. En este caso, el aumento en la probabilidad de votar es de 16,1 puntos porcentuales. Se trata de uno de los efectos más fuertes. Cuando la edad está entre los 70 y 79 años, la probabilidad de participar en las elecciones es de 13,9 puntos mayor que cuando se tiene entre 18 y 29 años, permaneciendo constantes el resto de características.

Estar casado, frente a estar soltero, separado, divorciado o viudo también contribuye a ser más propenso a participar. En este caso, el aumento es de 10,5 puntos porcentuales. De esta manera, cuando el individuo de referencia cambia su estado civil por el de casado su probabilidad de acudir a las urnas es del 82,1 por ciento, un punto porcentual por debajo de la media de participación declarada para el 2000.

Nuestro individuo de referencia tiene poco interés por la política, pues la media de esta variable es de 3, correspondiendo el valor 1 al máximo interés por la política y 4 al mínimo. Manteniendo constantes el resto de sus características, cuando el interés por la política cambia de la media al máximo, la probabilidad de votar se incrementa en 7,9 puntos porcentuales. Si el interés por la política pasa de su mínimo a su máximo y permanecen constantes el resto de variables, el aumento es aún más espectacular, de 20,2 puntos. Por tanto, por el mero hecho de tener mucho interés por los asuntos políticos en vez de ninguno, la probabilidad de participar llega a alcanzar el 91,8 por ciento.

Tabla 2. *Determinantes de la participación en las elecciones legislativas de 2000*

	<i>Cambios en la probabilidad de votar</i>	
	<i>Mínimo-máximo</i>	<i>Media-máximo</i>
Características individuales		
<i>Recursos del individuo</i>		
Entre 50-59 años	12,2	
Entre 60-69 años	16,1	
Entre 70-79 años	13,9	
<i>Integración social</i>		
Casado	10,5	
<i>Compromiso político</i>		
Interés por la política	20,2	7,9
Proximidad a un partido	13,4	
Extrema izquierda	10,4	
Izquierda	10,5	
Centro-izquierda	14,3	
Centro-derecha	16,8	
Derecha	16,9	
Extrema derecha	13,9	
Evaluación de la oferta política		
Partidos iguales	- 17	-8
Valoración de la oposición	- 13,4	-6,9
Valoración de la situación política	- 44,7	-14,2

Sentirse próximo a un partido, cualquiera que éste sea, también favorece considerablemente la participación. La proximidad a un partido produce un aumento en la probabilidad de votar de 13,4 puntos porcentuales. La probabilidad de votar del individuo de referencia cuando en él sólo cambia el estar cercano a un partido es del 85 por ciento, casi dos puntos porcentuales por encima de la media declarada de participación en el 2000.

Como es lógico, declarar cualquier ideología frente a no tener ninguna incrementa la probabilidad de acudir a las urnas. El individuo que no sabe o no quiere ubicarse en la escala ideológica es más propenso a la abstención que el que se coloca en cualquier posición de la escala. La tabla 2 recoge precisamente los aumentos en la probabilidad de votar cuando el individuo de referencia pasa de no declarar ninguna ideología a adoptar alguna de ellas. Los incrementos varían de los 10,4 puntos porcentuales que produce ser de extrema izquierda a los 16,9 puntos porcentuales provocados por el hecho de ser de derechas.

Las diferencias en los cambios en la probabilidad de votar según el tipo de ideología nos revelan un dato extremadamente interesante: la ideología que se declare incide en lo propenso que se sea a participar. Dicho de otro modo, la probabilidad de votar varía en función del signo político del individuo. ¿Qué ideologías favorecen la participación y cuáles no lo hacen? En la tabla 3 se ha tomado como categoría de referencia ser de izquierdas, que corresponde con las posiciones 3 y 4 de la escala ideológica. Se muestra los cambios en la probabilidad de votar cuando el individuo adquiere cualquier otra ideología, permaneciendo constantes el resto de variables. Según se observa, la única posición que reduce la probabilidad de votar es la extrema izquierda, aunque la variación es sólo de 0,1 puntos. La ubicación en cualquier otra posición ideológica aumenta considerablemente la probabilidad de acudir a las urnas en las elecciones de 2000. El incremento más fuerte, de 6,4 puntos porcentuales, se produce cuando el individuo es de derecha (posiciones 6 y 7 de la escala ideológica). Cuando el individuo de referencia, tan poco propenso a votar, es de derechas en vez de izquierdas, su probabilidad de participar pasa del 82,1 por ciento al 88,5 por ciento. Ser de centro-derecha también fomenta la participación en las elecciones de 2000. Cuando el individuo pasa de la izquierda al centro-derecha (posición 6 de la escala ideológica), su probabilidad de votar aumenta en 6,3 puntos porcentuales. Algo menores son los efectos del centro-izquierda y de la extrema derecha. Ser de centro-izquierda (posición 5 de la escala ideológica) produce un incremento de 3,8 puntos porcentuales en la probabilidad de participar, mientras que el aumento es de 3,4 puntos para la extrema derecha.

Tabla 3. *Cambios en la probabilidad de votar cuando el individuo pasa de ser de izquierdas a adoptar cualquier otra ideología.*

Extrema izquierda	-0,1
Centro-izquierda	3,8
Centro-derecha	6,3
Derecha	6,4
Extrema derecha	3,4

En definitiva, los individuos de extrema izquierda e izquierda, los que ocupan las posiciones de 1 a 4 en la escala ideológica, forman los grupos menos propensos a participar. La ubicación en cualquier otro punto de la escala, entre el 5 y el 10, favorece la participación y, muy en especial, la ubicación en la derecha y el centro derecha. Claramente, la propensión a la abstención en la izquierda es efecto de lo que ofrecen los partidos de izquierdas y no de cómo son los electores, pues no hay razones para pensar que la ideología pese menos en un individuo de izquierdas que en una persona de derechas. Antes de adentrarnos en las posibles explicaciones, conviene recordar que en ninguno de los estudios sobre elecciones anteriores el tipo de ideología tenía incidencia en la participación. Boix y Riba (2000), por ejemplo, muestran que ser de izquierdas o de derechas no afecta a la probabilidad de votar en ninguna de las elecciones generales comprendidas entre 1982 y 1996.

Las características individuales no son los únicos determinantes de la participación en las elecciones de 2000. Cómo el ciudadano evalúe la oferta política también incide en la probabilidad de acudir a las urnas. En concreto, el creer que todos los partidos son iguales tiene un importante efecto en la participación. Cuando el grado de acuerdo con esa afirmación pasa de su mínimo a su máximo y permanecen constantes el resto de variables, la probabilidad de votar aumenta en 17 puntos porcentuales. Cuando el individuo de referencia pasa de estar más bien de acuerdo con que no hay diferencias entre partidos (media de 2,2, siendo 1 ‘muy de acuerdo’ y 4 ‘nada’) a estar muy en desacuerdo (por tanto, de la media al mínimo) la probabilidad de que vote se incrementa en 8 puntos porcentuales. Al creer que no todos los partidos son iguales la probabilidad de votar de nuestro individuo pasa del 71,6 por ciento al 79,6 por ciento.

La valoración de la oposición también incide en la probabilidad de votar en las elecciones. Si la valoración pasa de muy mala a muy buena, manteniéndose constantes el resto de variables, el aumento en la probabilidad de acudir a las urnas es de 13,4 puntos porcentuales. Cuando nuestro individuo de referencia mejora su mala opinión de la labor de la oposición (de la media de 3,2 al mínimo, ya que 1 corresponde a ‘muy buena’ y 4 a ‘muy mala’), el incremento en su probabilidad de votar es de 6,9 puntos porcentuales.

El efecto más espectacular en la probabilidad de participar es el que produce la valoración de la situación política. Al pasar la evaluación de ‘muy buena’ a ‘muy mala’, la probabilidad de participar cae en 44,7 puntos porcentuales. Si nuestro individuo de referencia mejora su valoración de la situación política, pasando de calificarla de regular (media de 2,6 en una escala de 1 ‘muy buena’ a 5 ‘muy mala’) a muy buena, la probabilidad de que vote aumenta en 14,2 puntos porcentuales. Así, por el mero hecho de considerar realmente mejor la situación política que vive el país, su probabilidad de acudir a las urnas pasa del 71,6 por ciento al 85,8 por ciento, 2,7 puntos por encima de la media de participación declarada para las elecciones de 2000. Si excluimos del análisis la evaluación de la situación política y económica, la valoración del gobierno es estadísticamente significativa. De hecho, esta variable produce ahora uno de los efectos más fuertes en la participación: cuando se pasa de una valoración mínima a una máxima, la probabilidad de participar aumenta en 23,3 puntos porcentuales.

El resultado sobre el impacto de la valoración de la situación política se contradice con las conclusiones del estudio de Boix y Riba (2000). Los autores muestran que para el período 1982-1996 el juicio de los ciudadanos, a título individual, sobre la situación económica y política del país no tiene efectos en la abstención. En cambio, el nivel de satisfacción del electorado en su conjunto sí que tiene un efecto importante pero, curiosamente, contrario al que se ha descrito aquí. La participación es mayor cuando aumenta el porcentaje de ciudadanos insatisfechos con las condiciones políticas y económicas del país. Sin duda, el impacto de la valoración individual de la situación política en la participación es más fiable que el de una evaluación agregada, pues se trata de un efecto directo.

En definitiva, el perfil de ciudadano activo es el de un individuo de edad avanzada, casado, comprometido con la política, ya sea porque muestre interés por la misma o porque se sienta próximo a un partido, y que declare alguna ideología. Por el contrario, el ciudadano será menos propenso a participar si cree que todos los partidos son iguales, si valora negativamente la labor de la oposición, si ve con pesimismo la situación política del país y si su ideología es de izquierdas.

2. La abstención en la izquierda y sus razones

En España, la ideología es ahora una herramienta menos útil para predecir el comportamiento electoral de los individuos de izquierda que el de los de derecha. Las personas situadas en la izquierda no sólo se abstienen más que las que se colocan en la derecha, sino que también votan menos por los partidos que le son próximos, como PSOE e IU, de lo que lo hacen los individuos que se declaran conservadores con respecto al PP. Es decir, no todos los votos que los partidos de izquierda dejan de recoger se van a la abstención: algunos se dirigen al PP. En cualquier caso, lo que está ocurriendo en la izquierda es que el voto por proximidad ideológica se ha debilitado, cuando no ha sucedido lo mismo en la derecha.

La tabla 4 da cuenta de la evolución del voto por proximidad ideológica en España. La proximidad ideológica del individuo se mide por la distancia entre la auto ubicación ideológica y la ubicación que se hace de los partidos. Si la posición del entrevistado es más próxima a la posición donde él mismo sitúa al PP que a aquellas donde coloca al PSOE e Izquierda Unida, entonces se clasificará al individuo como próximo al PP. El encuestado es equidistante entre el PP y el PSOE cuando se sitúa a igual distancia de donde sitúa a estos partidos, y así sucesivamente¹⁰.

La tabla muestra el recuerdo de voto según la proximidad ideológica del individuo. Algunos comentarios detallados son necesarios. En primer lugar, entre los que están más próximos al PP, se ha reforzado el voto por proximidad. Mientras que en 1989 sólo el 59,1 por ciento vota al PP, en 1993 ese porcentaje sube espectacularmente al 81 por ciento y llega al 82,5 por ciento en 1996, descendiendo hasta el 78,7 por ciento en el 2000. En cambio,

¹⁰ La tabla 4 es una ampliación de los resultados presentados por Barreiro y Sánchez-Cuenca (2000). La tabla se ha hecho con las encuestas postelectorales del CIS correspondientes a las elecciones de 1986, 1989, 1993, 1996 y 2000. En cada una de ellas creamos una variable que mide las distancias ideológicas entre la posición del entrevistado y las posiciones que el entrevistado atribuye al PP, al PSOE y a IU, según las siguientes definiciones. Siendo la posición ideológica del individuo i igual a I_i y las posiciones que i atribuye a los tres partidos como PP_i , $PSOE_i$ e IU_i , i está más cerca del PP que del PSOE e IU cuando $(|I_i - PSOE_i| > |I_i - PP_i|) \& (|I_i - IU_i| > |I_i - PP_i|)$; i está equidistante entre el PP y el PSOE cuando $(|I_i - PP_i| = |I_i - PSOE_i|) \& (|I_i - PSOE_i| < |I_i - IU_i|)$; i está más cerca del PSOE que del PP e IU cuando $(|I_i - PP_i| > |I_i - PSOE_i|) \& (|I_i - IU_i| > |I_i - PSOE_i|)$; i está equidistante entre el PSOE e IU cuando $(|I_i - PSOE_i| = |I_i - IU_i|) \& (|I_i - PSOE_i| < |I_i - PP_i|)$; i está más cerca de IU que del PSOE y el PP cuando $(|I_i - PP_i| > |I_i - IU_i|) \& (|I_i - PSOE_i| > |I_i - IU_i|)$.

entre los que se encuentran más próximos al PSOE que al PP o a IU lo que se observa es un progresivo debilitamiento del voto por proximidad. De hecho, mientras que en 1986 el 64,9 por ciento de los que estaban más próximos al PSOE vota a este partido, en 1996 ese porcentaje se ha reducido hasta el 54,9 por ciento. Pero la caída no se detiene ahí: en el 2000 sólo el 45 por ciento de los que están más cercanos al PSOE que a cualquier otro partido le vota, menos de la mitad de su electorado potencial. La tendencia al debilitamiento del voto ideológico sólo se quiebra en 1993, cuando sube con respecto a 1989. Es posible que este fuese el último año en que cierto segmento de votantes próximos al partido estuvo dispuesto a concederle una oportunidad adicional¹¹.

En segundo lugar, el porcentaje de los equidistantes entre el PP y el PSOE que acaba votando al PP aumenta claramente a lo largo del periodo: sólo el 24,7 por ciento votaron al PP en 1986, mientras que en el 2000 lo hizo el 57,3 por ciento. El aumento resulta especialmente notable a partir de 1993. En cambio, no se observa nada parecido si nos fijamos en los porcentajes de voto al PSOE entre los equidistantes PP-PSOE. Es más, el voto al PSOE ha caído en este grupo. Si en 1986, el 11,2 por ciento de los equidistantes PP-PSOE votaron por los socialistas, en marzo de 2000 únicamente lo hace el 5 por ciento¹².

En tercer lugar, es bastante evidente que se produce una creciente transferencia de votos hacia el PP entre los que están más próximos al PSOE que a otro partido. Así, en 1986 y 1989 los porcentajes de gente próxima al PSOE que vota al PP se mantienen por debajo del 5 por ciento. En cambio, a partir de 1993 suben al 10,8 por ciento en ese año y al 17,2 por ciento en 1996. En el 2000, el porcentaje cae ligeramente al 16,3 por ciento. Es importante destacar el dato de que en 1996 un 17 por ciento de los que se encuentran más próximos al PSOE votó al PP y que en el 2000 lo hizo el 16 por ciento. No se aprecia nada parecido si invertimos la comparación, es decir, si nos fijamos en cuántos de los que están más próximos

¹¹ Una interpretación más detallada de lo que sucedió con esos votantes en 1993 puede encontrarse en Barreiro y Sánchez-Cuenca (1998).

¹² Esta asimetría entre lo que sucede con el voto al PSOE y al PP es comprensible si tenemos en cuenta el voto a otros partidos: la desaparición del CDS en 1993 y 1996 hace que en este grupo de equidistantes el voto a otros partidos baje del 60 por ciento en 1989 al 38,5 por ciento en 1993 y al 34,4 por ciento en 1996. Podría conjeturarse entonces que los antiguos votantes del CDS, a medio camino entre el PSOE y el PP, se pasan a este último partido a partir de 1993.

al PP votan al PSOE: ningún año se supera el 5 por ciento. De hecho, en marzo del 2000, sólo el 1,2 por ciento de los individuos próximos al PP vota al PSOE.

En cuarto lugar, en cuanto al electorado más a la izquierda, se puede advertir que entre los que se sitúan a igual distancia del PSOE e IU, tiene lugar un crecimiento en el voto al PP conforme pasa el tiempo (pasa del 0,8 por ciento en 1986 al 8,4 por ciento 14 años más tarde), así como una pérdida global de voto al PSOE, con la única excepción, ya comentada, de las elecciones de 1993. Entre los que se encuentran más próximos a IU que a los otros dos partidos, resulta sorprendente constatar lo mismo, un aumento sostenido de voto al PP, aunque nos movemos siempre en porcentajes por debajo del 5 por ciento. A diferencia de lo que sucede con el PSOE, en el caso de IU no se distingue un patrón a lo largo del tiempo. IU, en general, consigue un porcentaje de voto mucho menor entre los que están más próximos a este partido que el PP o el PSOE.

Finalmente, el debilitamiento del voto por proximidad ideológica en la izquierda también ha tenido efectos sobre la abstención. Entre los cercanos al PP, el porcentaje de los que se dirigen a la abstención se ha mantenido relativamente bajo durante todo el periodo, salvo en las elecciones de 1989. En marzo de 2000, sólo el 3,5 por ciento de los individuos próximos al PP optó por abstenerse. En cambio, en el grupo de los que se sitúan más próximos al PSOE que a ningún otro partido, el porcentaje de abstencionistas ha ido creciendo, con la excepción de nuevo de 1993, desde el 3,9 por ciento en 1986 hasta el 7,6 por ciento en el 2000. La misma tendencia al alza, aunque algo más acentuada, se produce entre el grupo de individuos cercanos a IU: si en 1986 el 8,4 por ciento se abstuvo, el porcentaje aumenta al 16,7 por ciento en las últimas elecciones generales. Entre los equidistantes PSOE-IU, se abstuvo en la última convocatoria el 8,1 por ciento, aunque en este caso la evolución no muestra ninguna tendencia clara.

Tabla 4. *Recuerdo de voto según las distancias ideológicas entre la posición del individuo y la posición de los partidos (en porcentajes verticales)*

Recuerdo de voto		Proximidad ideológica (diferencia entre ideología personal e ideología del partido)				
		PP	PP=PSOE	PSOE	PSOE=IU	IU
PP	1986	72,7	24,7	2,6	0,8	0
	1989	59,1	30,2	4,2	1,8	0,6
	1993	81,0	48,4	10,8	5,8	3,2
	1996	82,5	55,5	17,2	8,6	4,6
	2000	78,7	57,3	16,3	8,4	4,8
PSOE	1986	3,8	11,2	64,9	66,9	35,2
	1989	5,3	9,5	60,7	58,3	19,9
	1993	3,7	11,5	63,0	62,9	31,0
	1996	3,7	8,1	54,9	56,8	26,1
	2000	1,2	5,0	45,0	50,2	21,0
IU	1986	0,1	0	1,5	7,2	28,4
	1989	0	0	2,3	11,0	49,2
	1993	1,6	1,6	3,0	9,6	40,7
	1996	0,8	1,9	3,4	12,3	42,7
	2000	0,4	0	2,0	5,9	26,6
Abstención	1986	3,3	3,6	3,9	7,0	8,4
	1989	8,3	5,3	5,1	8,9	9,3
	1993	2,8	4,5	4,5	7,8	7,0
	1996	2,2	3,5	5,0	6,1	10,0
	2000	3,5	6,0	7,6	8,1	16,7

El fenómeno de la abstención en la izquierda es aún más nítido si se observa la procedencia ideológica de los que optaron por no votar en los comicios del 2000. En la tabla 5 se muestra la proximidad ideológica de los votantes del PP, PSOE, IU y de los abstencionistas. Entre los que decidieron no participar en las elecciones, el grueso lo componen individuos de izquierda: el 38 por ciento proviene de los cercanos a IU, el 30,8 por ciento de los próximos al PSOE y el 9,8 por ciento son equidistantes PSOE-IU. Si sumamos los tres grupos, nos encontramos con que del total de abstencionistas en las elecciones del 2000, el 78,6 por ciento procede de la izquierda. Nótese que el porcentaje se refiere a los individuos capaces de situar a los partidos en la escala ideológica y que, además, declaran alguna ideología. Del total de abstencionistas en el 2000 (incluyendo tanto a los que tienen ideología como a los que no la tienen), los individuos próximos a los partidos de izquierdas representan un poco más de un tercio, el 37,3 por ciento. Teniendo en cuenta que la

abstención declarada fue del 10,6 por ciento, los partidos de izquierda podían haber obtenido en las últimas elecciones generales 3,5 puntos porcentuales más de voto de haber logrado al menos conquistar a su electorado potencial.

Como se observa en la tabla 5, el 6,8 por ciento de los que no votaron y declara alguna ideología son equidistantes PP-PSOE. Por tanto, casi la mitad de abstencionistas que declara ideología y sitúa a los partidos en la escala, el 47,4 por ciento, son próximos al PSOE o equidistantes entre el PSOE y otro partido político, ya sea PP o IU. Estos individuos representan el 22,5 por ciento del total de abstencionistas de la muestra. La conclusión es que el PSOE podía haber logrado 2,1 puntos porcentuales más de voto si hubiese obtenido el apoyo de los individuos próximos al partido o equidistantes entre el PSOE y otro que se abstuvieron. Por el contrario, los abstencionistas próximos al PP son relativamente pocos, el 14,7 por ciento. Estas personas representan únicamente el 6,9 por ciento del total de abstencionistas de la muestra, por lo que la movilización de esos ciudadanos por parte del PP les hubiese supuesto ganar menos de un punto porcentual de voto (0,65).

La tabla 5 también muestra cómo el debilitamiento del voto ideológico en la izquierda incide en el apoyo a los distintos partidos. Del total de los que votaron al PP en las elecciones de 2000, el 13,7 por ciento procede del grupo de próximos al PSOE, y el 13,4 por ciento del conjunto de equidistantes PP-PSOE. En cambio, sólo el 1,6 por ciento de los votantes del PSOE está más cerca del PP que de ningún otro partido y únicamente el 1,9 por ciento proviene de los equidistantes PP-PSOE. Es decir, el 27 por ciento de los electores del PP *debía* o *podía* haber votado al PSOE, mientras que sólo el 3,5 por ciento de los votantes socialistas *debía* o *podía* haber optado por el PP. Los populares también obtienen algo de apoyo entre los próximos a IU y los equidistantes PSOE-IU, el 4,4 por ciento en total, aunque, como es lógico, en este caso se beneficia más el PSOE, pues el 20,1 por ciento de su voto proviene de los equidistantes PSOE-IU y el 15,8 por ciento de los próximos a IU.

Tabla 5. *Proximidad ideológica de los votantes del PP, PSOE, IU y abstencionistas en las elecciones de 2000 (en porcentajes)*

Partidos	Voto al PP	Voto al PSOE	Voto a IU	Abstención
PP	68,6	1,6	1,9	14,7
PP=PSOE	13,4	1,9	0	6,8
PSOE	13,7	60,6	10,7	30,8
PSOE=IU	2,1	20,1	9,2	9,8
IU	2,3	15,8	78,2	38,0
Total	100 (1,285)	100 (802)	100 (206)	100 (266)

¿Por qué se ha debilitado el ‘voto ideológico’ en la izquierda? ¿Por qué los individuos de izquierda son más propensos a la abstención que los de derecha? ¿Por qué una parte del electorado potencial del PSOE vota a la derecha?

Las respuestas a estas preguntas se encuentran sin duda en lo que ofrecen los partidos, y no en cómo son los electores, pues no hay razones para pensar que en los individuos de izquierda pese menos la ideología que en los de derechas, o que los primeros sean, en comparación con los segundos, más propensos a la abstención. Aquí se ofrecen dos posibles explicaciones.

La primera explicación es la siguiente¹³. En el debate público en España han surgido cuestiones, importantes para los electores, pero que no pueden ordenarse en el eje izquierda-derecha. Cuando se habla de la política sanitaria o de la educación, todos tenemos en mente cuál es la oferta propia de un partido de derechas y cuál es la de un partido situado en la izquierda. Sin embargo, hay asuntos en los que no caben las respuestas ideológicas pues todos los partidos, independientemente de su ubicación, pensarán al respecto exactamente lo mismo. Son cuestiones que no permiten la aparición de posiciones en desacuerdo¹⁴.

¹³ Esta explicación, con ciertas variaciones, se encuentra en Barreiro & Sánchez-Cuenca (2000).

¹⁴ Son las *valence issues* de las que habla Stokes (1966), en las que todos, partidos y electores, piensan lo mismo.

Uno de los asuntos que no se deja reducir al espacio de competición izquierda-derecha es el de la corrupción. En principio, todos los políticos, al margen de sus adscripciones ideológicas, condenarán cualquier manifestación de corrupción. Cuando la corrupción se convierte en una de las cuestiones principales de la política y además afecta más a un partido que al resto, podemos esperar que se debilite el voto por proximidad ideológica con respecto a ese partido. Esto es lo que ha podido ocurrir con el PSOE. Es posible que parte de los individuos próximos a este partido se hayan abstenido (o incluso hayan votado al PP) por no querer optar por una fuerza política salpicada por diversos escándalos. El PSOE también se pudo ver afectado por otro asunto que difícilmente se puede ordenar en la escala izquierda-derecha, como el de los GAL. Según muestra Maravall (2001), controlando por otros factores, la probabilidad de votar al PSOE disminuye conforme aumenta el rechazo hacia el asunto de los GAL¹⁵.

La relevancia que pueden llegar a adquirir los casos de corrupción dependerá no sólo del número o gravedad de los escándalos o de cómo reaccione el partido afectado ante los mismos (si exige o no dimisiones inmediatas, etc.), sino también del uso que el partido contrincante haga de los sucesos ocurridos. En España, el Partido Popular explotó al máximo cada caso y convirtió la corrupción en uno de los problemas principales de la agenda política (recuérdese la frase ‘paro, despilfarro y corrupción’ que tanto se repitió en la campaña de 1993). Si lo hizo fue porque creyó que así podía ganar las elecciones, como de hecho ocurrió en 1996.

Es bien sabido que en España el votante mediano, aquel que divide al electorado en dos y cuyo voto, en teoría, decanta la victoria, se sitúa más próximo al PSOE que al PP. Al favorecer la escala ideológica al PSOE, la estrategia del PP consistió en introducir en la agenda asuntos ajenos a cualquier adscripción ideológica, lo que sin duda le permitió recabar el voto de individuos más próximos al PSOE o equidistantes entre los dos partidos. La estrategia no es nueva: en Estados Unidos los republicanos introdujeron, a mediados del siglo XIX, una nueva dimensión en la política para poder ganar las elecciones, la esclavitud (Riker, 1986). En España, el PP superó el obstáculo de que el votante mediano se situara más

¹⁵ Se trata del estudio 2133 de Febrero de 1995, cuando el PSOE está aún en el poder.

próximo al PSOE explotando al máximo los asuntos de corrupción y el GAL para debilitar así la dimensión ideológica.

El recurso a cuestiones que no se pueden reducir al eje ideológico parece formar parte de una estrategia más general del PP. La identificación del PSOE como el partido del ‘despilfarro’ indica a los electores que, por muy próximas que sean sus ideas, no merece la pena apoyar a un equipo incapaz de utilizar adecuadamente los recursos públicos. Igualmente, la introducción en la agenda pública del debate sobre la constitución en las elecciones de 2000 muestra otro intento por sacar a la luz nuevas dimensiones políticas, en las que el PP, a diferencia de lo que ocurre en la dimensión ideológica, pueda aproximarse más al votante mediano.

Una segunda explicación de por qué se ha debilitado el voto ideológico en la izquierda podemos encontrarla en la valoración del gobierno y de la oposición. Es posible que aquellas personas que, siendo próximas al PSOE o equidistantes PSOE-PP o PSOE-IU, valoren mejor al gobierno que a la oposición o consideren que el PSOE lo habría hecho peor de haber estado al frente del ejecutivo opten por abstenerse o incluso por votar al PP. En tal caso, los criterios ideológicos ceden ante el convencimiento de que el equipo del partido en el gobierno es mejor que el equipo del partido en la oposición.

Es posible poner a prueba esta hipótesis comparando las valoraciones del gobierno y de la oposición, así como las opiniones sobre cuál de los dos partidos está mejor preparado para dirigir diversas áreas políticas. La encuesta preelectoral incluye una pregunta en la que se pide al entrevistado que evalúe la gestión del gobierno y la actuación política de la oposición. Las posibles respuestas son ‘muy buena’, ‘buena’, ‘regular’, ‘mala’ y ‘muy mala’, correspondiendo el valor 1 a la máxima calificación y el valor 5 a la mínima. El total de entrevistados valora mejor al gobierno que a la oposición, pues la media para el primero es de 2,71 y para el segundo de 3,22.

Lo que nos interesa ahora es ver las evaluaciones del grupo de individuos próximos al PSOE o equidistantes PP-PSOE o IU-PSOE en función de si se abstuvieron, votaron al PSOE o al PP. Es de esperar que aquellos que, a pesar de proceder de un segmento ideológico

similar, optaron por el PP valoren mejor su gestión que los que se decidieron por el PSOE. Pero, ¿qué sucede con los abstencionistas? ¿Cómo valoran al gobierno y a la oposición? La tabla 6 nos ofrece una respuesta.

Los individuos que, pese a estar próximos al PSOE o equidistantes entre este partido y otro, optaron por no votar valoran mejor la labor del gobierno que la de la oposición. La evaluación media para el gobierno es de 2,89, 0,38 puntos mayor que la de la oposición, de 3,19. Los abstencionistas de izquierda o centro-izquierda aprueban por término medio la gestión de PP pero no la de la oposición, si consideramos que cualquier valor por debajo del 3 (la mediana) corresponde a un aprobado y los valores por encima a un suspenso. Lo mismo ocurre con el grupo de individuos próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU que votaron al PP: su valoración media del gobierno, de 2,24, es mejor que la de la oposición, de 3,26. En este caso, la diferencia de medias es aún mayor, pues es de casi un punto. Por el contrario, los que, procediendo de las mismas posiciones ideológicas, votaron por el PSOE tienen mejor opinión de la labor de este partido en la oposición que de la del gobierno. De hecho, la oposición obtiene por término medio el aprobado, con una media de 2,80, pero no la labor del PP (media de 3,18).

En definitiva, se puede concluir que la abstención y el voto al PP entre los individuos de izquierda o centro-izquierda pudo deberse, entre otros factores, a su aprobación de la gestión del gobierno y a su desaprobación de la actuación de la oposición. Sin duda, el hecho de que el PSOE estuviese muy centrado en sus problemas internos (no hay que olvidar que el partido contó con tres secretarios generales en cuatro años), contribuyó a la mala opinión que se formaron algunos ciudadanos de su gestión.

Tabla 6. *Valoración media del gobierno y oposición entre los individuos próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP, PSOE-IU, según su recuerdo de voto.*

	Gobierno	Oposición
Abstención	2,89	3,19
Voto PSOE	3,18	2,80
Voto PP	2,24	3,26

Tradicionalmente, la mayoría de los ciudadanos en España ha considerado que el PSOE estaba más preparado que el PP para hacer frente a diversas políticas, y muy en especial a las políticas sociales. Así, por ejemplo, incluso en 1996, año en el que el PSOE pierde las elecciones, el PSOE aparece como el partido mejor preparado en 6 de 11 áreas políticas: prestaciones sociales, pensiones, reducción de las desigualdades sociales, enseñanza pública, sanidad pública y relaciones con las Comunidades Autónomas¹⁶. Ese año el PP sólo gana en dos de once políticas, la corrupción y la seguridad ciudadana. Tanto en la lucha contra la droga, la reducción del paro como en la posibilidad de lograr un pacto social los dos partidos salen igual parados. De hecho, el que una amplia mayoría considerase tanto en 1986, 1989 y 1993 que el PP era igual o peor opción que el PSOE para gobernar España pesó en el apoyo electoral al partido socialista (Sánchez-Cuenca y Barreiro, 2000)¹⁷. Y es que el voto al partido en el gobierno no sólo depende de cómo se evalúe su gestión sino también del juicio sobre cómo lo haría otra fuerza política de ser la responsable (Fiorina, 1981).

En la encuesta preelectoral de 2000 se pide al entrevistado que diga si cree que el PSOE lo hubiera hecho mejor, igual o peor en el gobierno en relación a una serie de políticas, diez en total. Cuando la respuesta es que el PSOE lo haría mejor se ha dado valor 1, cuando se dice que el PP es mejor opción se ha dado valor -1 y cuando se cree que los dos lo hubieran hecho igual, el valor otorgado es 0. Se ha calculado las medias para cada política. Por tanto, los valores positivos indican que el PSOE es el partido más preparado en ese ámbito político, las respuestas negativas indican que las cosas están mejor con el PP y las cercanas a 0 que los dos lo hubiesen hecho igual.

Según se puede observar en la tabla 7, el PP aparece como el partido mejor preparado en 7 de 10 áreas políticas. Las áreas en las que el gobierno destaca son, por este orden, economía, empleo, terrorismo, seguridad ciudadana (estas dos por igual), integración europea, sanidad y desarrollo autonómico (estas dos por igual). Lo más sorprendente es que los ciudadanos perciban que el PP está mejor preparado que el PSOE para hacer frente a la sanidad, cuando las políticas sociales siempre habían sido el punto fuerte de los socialistas.

¹⁶ Véase Sánchez-Cuenca y Barreiro (2000).

¹⁷ En 1996 no se hizo la pregunta.

Resulta chocante también que los ciudadanos no perciban al PSOE como el mejor preparado en ninguna política y que en un área como la educación, tan bien valorada en la etapa socialista (Sánchez-Cuenca & Barreiro, 2000), crean ahora que los dos partidos lo harían igual. Lo mismo sucede en inmigración y medio ambiente.

Tabla 7. *Partido mejor preparado en 10 políticas: PSOE (1), PP (-1), igual (0)*

	Media	Desviación típica	N
Empleo	-0,20	0,68	4.220
Educación	-0,05	0,69	4.168
Sanidad	-0,10	0,68	4.227
Economía	-0,26	0,66	4.211
Integración europea	-0,12	0,64	4.121
Terrorismo	-0,14	0,63	4.195
Seguridad ciudadana	-0,14	0,60	4.213
Inmigración	-0,03	0,68	4.094
Desarrollo autonómico	-0,10	0,64	4.048
Medio ambiente	-0,04	0,64	4.133

En suma, la pauta de considerar que el PP estaba peor preparado no sólo se ha invertido sino que en 2000 el PSOE no aparece como mejor partido en ninguna política. ¿A qué se debe este cambio? No cabe duda de que parte de la explicación reside en algunos logros económicos del gobierno popular. Por mencionar sólo algunos indicadores de la economía española: la tasa media de incremento anual del Producto Interior Bruto fue del 3,4 por ciento en el trienio 1996-1999 y de 3,7 por ciento en 2000, superando en ambos casos a la de la Unión Europea; además, tras un período de destrucción de empleo (1991-1995), la tasa media de incremento anual alcanzó el 2,7 por ciento en el período 1996-1999 y el 2,6 por ciento en 2000. Los resultados también fueron positivos con respecto a la inflación, pues se registró, durante la primera legislatura del PP, la tasa más baja de la segunda mitad de siglo (Jiménez, 2001). La recuperación de la economía, que de hecho había comenzado durante la última legislatura socialista, permitió que en 1999 España entrase en la Unión Económica y Monetaria.

No es el momento de entrar ahora a valorar la responsabilidad del gobierno en estos asuntos: es probable que se hubiesen cosechado los mismos éxitos de haber estado el PSOE en el poder. El caso es que los ciudadanos perciben que el partido en el gobierno es el mejor para lidiar con la economía. Resulta más extraño, sin embargo, que los ciudadanos consideren que el PP es también el más preparado para hacer frente a la sanidad, ya que el gasto social ha disminuido: si en 1996, cuando los populares llegan al poder el gasto en protección social representaba el 21,2 por ciento del PIB, tras cinco años de gobierno el porcentaje desciende a 18,6. Si bien es cierto que la caída del gasto social había comenzado durante la última legislatura socialista (3,2 puntos porcentuales entre 1993 y 1996), en los 11 primeros años de gobierno del PSOE el aumento en gasto social fue de 6,4 puntos (Comisión Europea).

Sin duda, constituye un logro del PP el haber sabido convencer a muchos españoles de que su gestión en distintas áreas era buena, independientemente del grado de responsabilidad que tuviese en los resultados obtenidos o en los avances objetivos realizados. Puede que también haya contribuido a la buena opinión de la gestión del PP las bajas expectativas que mostraban los ciudadanos incluso en 1996, pues muchos eran los que pensaban, en gran medida alentados por el PSOE, que el ‘programa oculto’ de los populares pasaba por dismantelar el Estado de bienestar. El que una vez en el gobierno el PP respetase el camino andado, aun sin avanzar, ha sido razón suficiente para hacer de la nada virtud¹⁸.

Las opiniones sobre cuál de los dos partidos está más preparado para dirigir diversas áreas políticas pueden también contribuir a inclinar la balanza a favor del PP, del PSOE o de la abstención, entre los individuos de izquierda o centro-izquierda. Cabe esperar que aquellos que crean que el PSOE lo haría mejor en la mayoría de las políticas se decanten por este partido, que los que crean que lo haría peor opten por el PP y que los que piensen que lo haría igual se abstengan. En la tabla 8 se pueden comprobar estas hipótesis.

Entre los individuos próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, aquellos que optaron por la abstención creen mayoritariamente que los dos partidos gestionarían igual 8 de las 10 políticas incluidas. Las excepciones son la economía, donde gana el PP, y la

¹⁸ Este argumento se defiende en Barreiro (2001).

inmigración, donde gana el PSOE. Por tanto, los abstencionistas de izquierda o centro-izquierda no ven casi diferencias en las capacidades del PP y del PSOE al frente del gobierno. Por el contrario, el PSOE aparece como el mejor partido en las 10 políticas entre aquellos que optaron después por votarle. Las áreas en las que los socialistas salen mejor parados son las políticas redistributivas o con una clara dimensión social, como la educación, la sanidad y la inmigración. Las de peor valoración son, por este orden, la seguridad ciudadana, la economía, el terrorismo y el empleo. El PP es la mejor opción en todas las políticas para aquellos que, estando próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU, votan a los populares. El PP sale especialmente fuerte en economía, empleo, sanidad y terrorismo, y más débil en medio ambiente, inmigración, desarrollo autonómico y educación.

Tabla 8. *Opinión sobre el partido mejor preparado en diez políticas entre los próximos al PSOE y equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU, según recuerdo de voto: PSOE (1), PP (-1), igual (0)*

Políticas públicas	Abstención	Voto PSOE	Voto PP
Empleo	-0,05	0,35	-0,54
Educación	0,07	0,48	-0,32
Sanidad	0,09	0,43	-0,41
Economía	-0,16	0,29	-0,59
Integración europea	0,00	0,38	-0,33
Terrorismo	-0,00	0,32	-0,38
Seguridad ciudadana	-0,00	0,27	-0,37
Inmigración	0,03	0,44	-0,27
Desarrollo autonómico	0,00	0,37	-0,31
Medio ambiente	0,11	0,40	-0,24

En definitiva, entre los individuos próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, los que dan su voto a los socialistas les veían antes de la campaña como los mejores en todas las áreas políticas, mientras que los que se deciden por el PP creían que éste era el más capaz en todos los ámbitos. Los individuos de izquierda o centro-izquierda que se abstienen no ven diferencias entre uno y otro partido a la hora de gestionar la casi totalidad de las políticas.

3. Conclusiones.

En este trabajo se ha mostrado que la probabilidad de participar en las elecciones de 2000 aumenta cuando el individuo es de edad avanzada, está casado y comprometido con la política, ya sea porque muestre interés por la misma, porque declare alguna ideología o porque se sienta próximo a un partido. Por el contrario, cuando el individuo cree que todos los partidos son iguales, cuando valora negativamente la labor de la oposición y cuando cree que la situación política en España es mala, disminuye su propensión a acudir a las urnas. El análisis de las elecciones de marzo de 2000 indica además cómo la posición ideológica del individuo afecta a su probabilidad de voto: ser de izquierdas disminuye la probabilidad de participar no sólo frente a no tener ideología, sino también frente a ser de derechas.

La mayor propensión a la abstención en la izquierda forma parte de un problema más general. En España, la ideología ha perdido utilidad a la hora de predecir el comportamiento de los individuos de izquierda, ya que no sólo se abstienen más que los de derecha, sino que votan más al partido contrincante, el PP, de lo que lo hacen las personas conservadoras con respecto a los partidos progresistas.

Se han ofrecido dos explicaciones para dar cuenta de este fenómeno. Por un lado, el debilitamiento del voto ideológico en la izquierda responde al protagonismo que han tenido en el debate público cuestiones ajenas al eje izquierda-derecha, como la corrupción, o la defensa de la constitución. Es muy posible que los individuos próximos al PSOE hayan optado por abstenerse o incluso por votar al PP cuando han creído que asuntos independientes de cualquier adscripción ideológica eran realmente los que urgía solucionar.

Por otro lado, los criterios de proximidad ideológica han cedido ante el convencimiento de que la labor del PP al frente del gobierno ha sido mejor que la del PSOE en la oposición. Se ha podido comprobar que, entre los individuos de izquierdas (próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU), aquellos que se abstuvieron en el 2000 valoran mejor la labor del PP en el gobierno que del PSOE en la oposición, a pesar de creer que, al frente de políticas concretas, tanto da un partido que otro. Por el contrario, los que optan por votar al PSOE no sólo valoran mejor su labor de oposición que la gestión del PP en el

gobierno, sino que también creen que los socialistas lo hubiesen hecho mejor en todas las áreas políticas. Finalmente, entre los próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, aquellos que votan al PP tenían, antes de la campaña, mejor opinión de su labor al frente del gobierno que de la tarea de la oposición. Además, el PP aparece como el mejor partido en todas las políticas.

APÉNDICE:

Se presenta en la tabla A la descripción de las variables independientes incluidas en el modelo de regresión logística. Se incluyen la media, la desviación típica, el valor mínimo y el valor máximo para cada variable.

En la tabla B se exponen los resultados del análisis realizado mediante un modelo logit. La variable dependiente es dicotómica y tiene como valor 1 la abstención. Se indican los coeficientes de la regresión, los errores típicos y los niveles de significación para cada variable independiente. Se señala, además, el ajuste del modelo, medido por la Pseudo R^2 .

Los cambios de probabilidad incluidos en el análisis (véase tabla 2) se han estimado a partir de la regresión logística de la tabla B. Se ha utilizado para ello el programa ‘Clarify’. Sobre este programa, véase Tomz, Michael, Jason Wittenberg y Gary King (2001): Clarify: Software for interpreting and presenting statistical results. Version 2.0, Cambridge, MA: Harvard University. Se encuentra en <http://gking.harvard.edu>.

Tabla A. Descripción de las variables independientes.

Variables	Media	Desviación típica	Mínimo	Máximo
Entre 18-29 años	0,2385	0,4262	0	1
Entre 30-39 años	0,1909	0,3931	0	1
Entre 40-49 años	0,1552	0,3621	0	1
Entre 50-59 años	0,1396	0,3467	0	1
Entre 60-69 años	0,1412	0,3482	0	1
Entre 70-79 años	0,1056	0,3073	0	1
Entre 80-95 años	0,0287	0,1671	0	1
Sin estudios	0,0939	0,2918	0	1
Estudios primarios	0,4511	0,4976	0	1
Estudios secundarios	0,1681	0,3740	0	1
Formación profesional	0,1191	0,3239	0	1
Universitarios medios	0,0856	0,2798	0	1
Universitarios superiores	0,0820	0,2743	0	1
Estado civil (casado)	0,6264	0,4837	0	1 ^a
Tamaño municipio (< 2000 a > 1 millón)	3,8905	1,7722	1	7
Pertenencia a asociación apolítica	0,3653	0,4815	0	1 ^b
Interés por la política	3,1189	0,8479	1	4 ^c
Proximidad a un partido	1,557	0,4967	1	2 ^d
Sin ideología	0,2127	0,4092	0	1
Extrema izquierda (posiciones 1-2)	0,0624	0,2420	0	1
Izquierda (posiciones 3-4)	0,2407	0,4275	0	1
Centro-izquierda (posición 5)	0,2216	0,4153	0	1
Centro-derecha (posiciones 6)	0,1317	0,3382	0	1
Derecha (posiciones 7-8)	0,1061	0,3081	0	1
Extrema derecha (posiciones 9-10)	0,0244	0,1543	0	1
Partidos iguales	2,2244	0,8052	1	4 ^e
Valoración situación política	2,6385	0,7174	1	5 ^f
Valoración situación económica	2,6471	0,7174	1	5 ^g
Valoración gobierno	2,7063	0,8721	1	5 ^h
Valoración oposición	3,2183	0,8364	1	5 ⁱ
Contactado por partido	1,7789	0,4149	1	2 ^j
Seguimiento de entrevista con candidato	1,6402	0,4799	1	2 ^k
Umbral electoral efectivo	8,1254	4,3482	3	18,75 ^l

^a Casado; ^b Individuos que forman parte de al menos una asociación de un total de 13; ^c mínimo interés; ^d no se declara próximo a ningún partido; ^e grado de acuerdo mínimo con la afirmación ‘todos los partidos son iguales’; ^{f g h i} valoración mínima; ^{j k} individuos no movilizados; ^l Este es el umbral electoral de las circunscripciones de tamaño 3. La encuesta no incluye a ningún individuo de Ceuta y Melilla, las únicas circunscripciones uninominales en España, a las que les corresponde un umbral electoral de 37,5.

Tabla B. *Análisis de regresión logística*

Variables independientes	Coefficientes	Errores típicos
Edad entre 30 y 39 años	0,1788	0,1667
Edad entre 40 y 49 años	0,0070	0,1980
Edad entre 50 y 59 años	-0,7395*	0,2497
Edad entre 60 y 69 años	-1,0535*	0,2869
Edad entre 70 y 79 años	-0,8867*	0,3025
Edad entre 80 y 95 años	-0,2714	0,4796
Sin estudios	-0,0889	0,2892
Estudios secundarios	0,1555	0,1666
Formación profesional	0,1749	0,1812
Universitarios medios	0,3655	0,2112
Universitarios superiores	0,2370	0,2413
Casado	-0,6046*	0,1427
Tamaño municipio	0,0599	0,3815
Pertenencia a asociación apolítica	-0,0763	0,1238
Interés por la política	0,3720*	0,0827
Proximidad a un partido	0,8186*	0,1385
Extrema izquierda	-0,6120**	0,2420
Izquierda	-0,6000*	0,1646
Centro izquierda	-0,8841*	0,1619
Centro derecha	-1,1080*	0,2450
Derecha	-1,1243*	0,2924
Extrema derecha	-0,9670***	0,5443
Partidos iguales	-0,2923*	0,0777
Valoración situación política	0,5523*	0,1009
Valoración situación económica	0,0787	0,0984
Valoración del gobierno	0,0509	0,0785
Valoración de la oposición	0,1692**	0,0721
Contactado por partido	0,2343	0,1445
Seguimiento de entrevista con candidato	0,2230***	0,1326
Umbral electoral efectivo	-0,0037	0,0149
Constante	-6,4899*	0,6867

* Significativo al 0,01

** Significativo al 0,05

*** Significativo al 0,10

Logit: variable dependiente con valor 1= abstención; valor 0= participación.

Número de observaciones: 4016

Pseudo R²: 0,18

REFERENCIAS

- Barreiro, Belén e Ignacio Sánchez-Cuenca. 1998. 'El cambio de voto hacia el PSOE en las elecciones de 1993', *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, , 82, pp. 191-211.
- Barreiro, Belén e Ignacio Sánchez-Cuenca. 2000. 'Las consecuencias electorales de la corrupción', *Historia y Política*, 2, pp. 69-92.
- Barreiro, Belén. 2001. 'Una democrazia in cerca di conferme', *Il Mulino*, 3, pp. 408-417.
- Boix, Carles y Clara Riba. 2000. 'Las bases sociales y políticas de la abstención en las elecciones generales españolas: recursos individuales, movilización estratégica e instituciones electorales', *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 90, pp.95-128.
- Fiorina, Morris P. 1981. *Retrospective Voting in American National Elections*. New Haven: Yale University Press.
- Jiménez, Juan Carlos. 2000. 'Balance económico de un fin de siglo' en Javier Tusell, *El Gobierno de Aznar*, Barcelona: Crítica.
- Justel, Manuel. 1995. *La abstención electoral en España, 1977-1993*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Lijphart, Arend. 1999. *Patterns of Democracies: Governments Forms and Performance in Thirty-six Countries*. New Haven: Yale University Press.
- Long, Scott. 1997. *Regression Models for Categorical and Limited Dependent Variables*, Londres: Sage.
- Maravall, José María. 2001. 'The Rule of Law as a Political Weapon', Estudio/Working Paper 2001/160.
- Riker, William H. 1986. *The Art of Political Manipulation*. New Haven: Yale University Press.
- Rosenstone, Steven y John Mark Hansen. 1993. *Mobilization, participation and democracy in America*. Nueva York: Macmillan.
- Sánchez-Cuenca, Ignacio y Belén Barreiro. 2000. *Los efectos de la acción de gobierno en el voto durante la etapa socialista (1982-1996)*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Stokes, Donald. 1966. 'Spatial Models and Party Competition', en Angus Campbell, Philip Converse, Warren E. Miller y Donald Stokes, *Elections and the Political Order*, Nueva York: John Willey, pp. 161-179.